

COMENTARIO CRÍTICO DE “NADA”, DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Nada

A tu abandono opongo la elevada
torre de mi divino pensamiento.
Subido a ella, el corazón sangriento
verá la mar, por él empurpurada.

Fabricaré en mi sombra la alborada,
mi lira guardaré del vano viento,
buscaré en mis entrañas mi sustento...
Mas, ¡ay!, ¿y si esta paz no fuera nada?

¡Nada, sí, nada, nada...! -O que cayera
mi corazón al agua, y de este modo
fuese el mundo un castillo hueco y frío...-

Que tú eres tú, la humana primavera,
la tierra, el aire, el agua, el fuego, ¡todo!,
...¡y soy yo sólo el pensamiento mío!

El texto se incluye en el poemario *Sonetos espirituales* (1914-1915), perteneciente al poeta moguerense, Juan Ramón Jiménez. Se trata de una de las primeras obras que anuncian ya los rasgos esenciales de su segunda etapa denominada “época intelectual”. De esta etapa destacamos dos aspectos importantes para la comprensión del poema: la depuración de su estilo con respecto a la etapa anterior y el intento de plasmar la realidad desnuda de las cosas por medio de una expresión exacta que será la base de su “poesía pura”.

En este soneto ya no aparece esa poesía vestida de ropajes o modernista que caracterizó a la primera etapa de su trayectoria poética, sino que aquí, la poesía se va desnudando para convertirse en intelectual, es decir, en un texto donde el poeta quiere dar el nombre exacto de las cosas, de ahí que, bajo esa aparente sencillez, se escondan toda una serie de conceptos de difícil interpretación.

Aquí el poeta opone dos polos que serían “la nada” frente al “pensamiento” y que simbolizarían el mundo exterior y el mundo interior respectivamente. Está claro que en este enfrentamiento quien sale vencedor es su conciencia, “su divino pensamiento” (v.2) que anuncia ya su “dios deseado y deseante” de su etapa posterior y a quien identifica metafóricamente con “una torre” (v.2) donde está subido su “corazón” (v.3) lleno de vida y desde donde podrá ver “la mar” (v.4) que aquí simboliza la eternidad.

Así, el yo lírico quiere refugiarse en su mundo interior, donde encontrará su propio sustento que nacerá de su arte, o lo que es lo mismo de su poesía. Esta idea viene apoyada por los versos cinco, seis y siete, contruidos siguiendo un paralelismo sintáctico.

Pero, a partir del verso octavo y hasta el undécimo, el poeta introduce la duda a través de la conjunción adversativa y la interrogación retórica: “mas...¿Y si esta paz no fuera nada?” (v.8), donde se llega a cuestionar si ese mundo interior que él ha creado y donde metonímicamente reside su corazón ahora “cayera ... al agua” (vv. 9-10) y fracasase, como lo indica la metáfora del verso nº 11, “un castillo hueco y frío”

Finalmente, todas estas dudas quedan resueltas cuando en el último terceto el poeta llega a reafirmar ese triunfo del pensamiento mediante una oración exclamativa”...¡y soy yo sólo el pensamiento mío!” con la que se cierra el texto y donde ahora lo más llamativo es el uso de un verbo de estado en presente de indicativo “soy”, el pronombre de 1ª persona “yo” el adverbio de modo “sólo” y el determinante posesivo “mío” que acompaña al sustantivo “pensamiento”. Frente al poder de su conciencia está el “tú”, la nada, que para el poeta lo es “¡todo!”, es decir, “la humana primavera, la tierra, el aire y el fuego”, enumeración asindética de los cuatro elementos que componen el cosmos.

Del resultado de la explicación del contenido, queda claro que ya en este soneto se adivina la búsqueda de Juan Ramón Jiménez de un poesía pura que le llevará poco a poco a la consecución de lo absoluto y la eternidad como se verá en su tercera etapa. Pero será a partir de la segunda etapa cuando su poesía se va haciendo más hermética y oscura, de ahí que sea más difícil su comprensión. Es como si el poeta se hubiese encerrado en su “torre de marfil” para quedarse ahí y deleitarse con el hallazgo de su “dios deseado y deseante” y crear hermosos poemas para “la minoría”. A este respecto, debe recordarse que la poesía es una forma más de comunicación, donde interesa la forma a la par que el contenido, y cuando ésta se vuelve oscura –recordemos el caso de Góngora-, deja de llegar a los lectores y, a la postre, termina por no leerse.

No es raro que un poeta escriba sobre el proceso creativo poético, en lo que viene a denominarse “metapoesía”, lo que, por otro lado, consiste en juego de ficción poética: el autor imagina su poesía, la personifica, etc. Pensemos en toda la corriente de finales del siglo XX y principios del siglo XXI, con poetas que dedican a expresar la forma del discurso lírico, así Guillermo Carnero, Jenaro Talens..., y algunos poemas de Benítez Reyes o García Montero, entre otros.

Con esta actitud Juan Ramón peca de ser egoísta, porque abandona la faceta de lo social para dejarse llevar por su anhelo de espiritualidad que, en este caso, no nace de su amor a un Dios externo, con mayúscula, sino de un dios interno, con minúscula, inmanente en la propia conciencia del poeta. Aunque, por otra parte, resulta positiva la actitud del poeta de Moguer porque al vincular toda su vida a la creación poética, estaba contribuyendo a incrementar el acerbo estético de nuestra cultura, motivo por el cual se le concedió el Nobel en 1956 por toda su trayectoria poética.